

prisioneros, á los extranjeros (1). La beneficencia de los cristianos se extendía hasta á los paganos: un enemigo les ha tributado este bello testimonio: «¿No os avergonzais, dice *Juliano* á los sacerdotes del paganismo, de que los Galileos, esos impíos, despues de haber alimentado á sus pobres, mantengan todavía á los nuestros, que les abandonamos en una absoluta desnudez?» (2). La peste devastó una parte del Imperio en el siglo III. ¿Cuál fué la conducta de los paganos y de los cristianos durante esta calamidad pública? Los primeros arrojaban á los moribundos, aún á sus parientes, fuera de las casas, como si hubiesen podido arrojar la muerte arrojando á los enfermos. En lugar de excitar los buenos sentimientos, parecia que la desgracia comun despertaba todos los instintos viles del hombre. Oigamos á *San Cipriano*: «Los paganos tenian tan poca compasion para socorrer á los atacados de la peste que tenian avaricia por enriquecerse con sus bienes despues de su muerte. ¿Tratábase de asistirlos? temian á todo. ¿Se necesitaba apoderarse de lo que dejaban? no temian nada. Temian aproximárseles cuando morian, y torrian hácia sus despojos cuando habian muerto. Hubiérase dicho que abandonaban á aquellos desgraciados durante su enfermedad, por temor de que se salvaran si les prestaban sus auxilios.» *San Cipriano* reunió á su pueblo y le exhortó á la misericordia: «No es una gran cosa, dice, demostrar á sus hermanos, á los que son miembros de la Iglesia, la caridad que se les debe; es preciso hacer más, es preciso responder á la grandeza del nombre cristiano, imitando al Padre Celestial, y llegar á la perfeccion que pide el Evangelio, asistiendo aún á publicanos y paganos.» La voz de Cipriano fué escuchada; hubo tan gran profusion de limosnas que alcanzaron á todo el mundo, no sólo á los creyentes, sino tambien á los no creyentes (3).

(1) JUSTIN., *Apol.* I, 67.

(2) JULIAN., *epist.* 49, *fragm.*, p. 305.

(3) PONTIUS, *vita Cypr.*, c. 9, 10.—CYPRIAN., *ad Demetr.*, p. 436, D. E.

#### § IV. — La hospitalidad antigua y la filantropía cristiana.

*Lactancio* critica vivamente la hospitalidad de los antiguos: «¿Quiénes son los huéspedes celebrados por los poetas? Príncipes, héroes, cantores divinos. No son los elevados personajes los que debéis recibir en vuestro hogar; son los humildes y los desamparados. ¿Cuál es el sentimiento que inspira esta hospitalidad? Oigamos la respuesta de Ciceron: «*Las casas de los hombres ilustres deben estar siempre abiertas á huéspedes ilustres.*» ¿Llamaréis beneficencia á los beneficios que os sean retribuidos? ¿Servicios que tal vez no haceis más que por la esperanza de la reciproca? La beneficencia, para ser una virtud, debe estar pura de todo motivo interesado. No os contenteis con dar á vuestros parientes, á vuestros amigos; id en busca de miserias desconocidas; hé aquí la verdadera caridad» (1).

*Lactancio* desdeña demasiado la hospitalidad, esa virtud de los antiguos: en ella está el gérmen de la caridad cristiana y de la humanidad moderna. Pero es cierto que la hospitalidad parece mezquina cuando se la compara con la caridad cristiana (2). La caridad antigua no se dirigía más que á los afortunados del siglo; los débiles eran oprimidos: «Se expone á los niños bajo vuestro imperio, dice *San Justino* al emperador; despues se cria á aquellos desgraciados para prostituirlos» (3). Sin entrañas para sus hijos, ¿cómo habian de tener compasion los antiguos hácia las miserias de otro? La historia de las repúblicas está llena de guerras civiles provocadas por la dureza de los ricos y por la opresion de los pobres. Sabido es hasta qué punto era desconocida la naturaleza humana en los esclavos. Los extranjeros eran tratados como enemigos; su suerte apenas difería de la de los vencidos.

(1) LACTANT., *Divin. Instit.*, VI, 12.

(2) VOLTAIRE mismo hace justicia al cristianismo: el buen sentido puede en él más que la pasion: «Despues de todo, la hospitalidad no es más que un cambio. Los hospitales son monumentos de beneficencia» (*Diccionario filosófico* en la palabra *caridad*).

(3) JUSTINO, *Apol.* I.—C. Lactant., *Divin. Instit.*, VI, 63; I, 21.



Tal era la filantropía pagana. En el seno del judaísmo, la caridad tenía más importancia. La legislación de Moisés es admirable cuando se la compara con la fría indiferencia de los Griegos y Romanos. Pero la dureza de corazón es como un vicio inherente á la antigüedad: humano con los circuncidados, el adorador de Jehová rechazaba al infiel, hasta el punto de que se acusaba á los judíos de odiar al género humano. Ha sido menester que se encarnase el amor en Jesucristo, para abrir las almas á la conmiseración. Entónces hubo «como un desbordamiento de caridad sobre los desgraciados» (1). La beneficencia se organiza; bajo la inspiración de la palabra evangélica se levantan hospicios, se fundan órdenes hospitalarias; el número de las instituciones caritativas iguala al de nuestras miserias: los niños expósitos, los huérfanos, los enfermos, los pobres, los ancianos tienen sus refugios. Con el cristianismo nace la verdadera hospitalidad, y se ejerce en favor de los seres débiles á quienes la antigüedad oprimía ó destruía.

La caridad, desarrollándose en medio de una sociedad corroida por el egoísmo: tal fué el gran milagro llevado á cabo por Jesucristo. Nació un nuevo heroísmo: el del amor. La religión fué á buscar, para consolarlos y sostenerlos, á los hombres de quienes sus semejantes apartaban las miradas. Había en la antigüedad desgraciados que, abandonados de los suyos, languidecían en las encrucijadas de las ciudades, con horror de todos los hombres: los leprosos encontraron un apoyo en la caridad cristiana (2). Las mujeres no eran estimadas entre los antiguos más que como instrumentos de producción. El cristianismo revela su verdadera misión: el amor y el sacrificio. La hermana de la caridad asiste, consuela á los enfermos y les prodiga los más repugnantes cuidados. La hija de San Vicente de Paul visita al anciano enfermo, cura sus asquerosas llagas, ó convertida en madre sin dejar de ser virgen, abriga en su seno al niño abandonado (3). Los extranjeros, los

(1) CHATEAUBRIAND, *Genio del cristianismo*.

(2) Los caballeros de San Lázaro empezaron por ejercer la caridad con los pobres leprosos en los hospitales que les estaban asignados. Recibían leprosos en su órden: su Gran-Maestre debía ser un caballero leproso del hospital de Jerusalén (HELYOT, *Historia de las órdenes religiosas*, t. I, p. 262, 263).

(3) LAMENNAIS, *Ensayo sobre la Indiferencia*.

gentiles participan de los beneficios de la caridad cristiana. El bello nombre de *María del Socorro* ha quedado á la fundadora de una congregación de mujeres que se dedicaban á la asistencia de los pobres extranjeros. Los religiosos bethleemitas hacían voto de servir á los pobres convalecientes, «aun cuando fuesen infieles» (1).

El extranjero era un enemigo para los antiguos; para los cristianos es un hermano. La hospitalidad era en la antigüedad un deber excepcional; el cristianismo hace de ella un deber general. Jesucristo vivió como un extranjero en medio de los suyos, «no teniendo donde reclinar su cabeza», para mostrar á los hombres que todos son extranjeros en este mundo, y que sus estancias, abrigos pasajeros, deben estar abiertas para sus hermanos (2). La obligación de recibir á los huéspedes, impuesta á todo cristiano por el lazo de la fraternidad, es más estrecha para los jefes de las sociedades cristianas: una de las cualidades exigidas á los obispos por *San Pablo* es que sean hospitalarios. «Que no esperen, dice *Gregorio el Grande*, á que los extranjeros reclamen su generosidad, sino que los busquen, que los inviten y que los atraigan por la fuerza» (3).

Los innumerables monasterios que cubrieron el mundo cristiano eran otros tantos establecimientos abiertos á la hospitalidad (4). Por todas partes se elevaron hospederías para los viajeros. La caridad vela por todas partes por donde les amenazan los peligros. El monje maronita preserva la vida del extranjero en los precipicios del Líbano; el solitario abisinio le defiende contra los tigres; el religioso del San Bernardo, estableciendo su habitación en medio de las nieves, abrevia su vida por salvar la del viajero extraviado en las montañas (5).

(1) HELYOT, *Historia de las órdenes religiosas*, t. III, p. 356.

(2) AUGUSTIN., *Serm.* 235, § 3: «Tene hospitem, si eis agnoscere Salvatorem.... An nescitis, quia si quem christianum susceperitis, ipsum suscipitis....» (*Serm.* 236, § 3, 239, § 2; 112, § 2). EFRÉMIO dice que recibir un huésped es recibir á Dios (*Ephraemi Testam. Op.*, t. II, p. 244, B.).

(3) GREGOR. MAGN., *Homil.* 23 in *Evang.*

(4) *Regla de San Benito*, c. 53: «Omnes supervenientes, tanquam Christus, suscipiantur; quia ipse dicturus est: Hospes fui et suscepisti me.»

(5) Véanse acerca de los establecimientos de beneficencia debidos al cristianismo las bellas páginas de CHATEAUBRIAND, *Genio del cristianismo*.



La esclavitud habia destruido todo sentimiento de humanidad entre los antiguos; no se avergonzaban de tener por esclavos á sus mismos conciudadanos. En vano Ciceron excitó á la beneficencia á rescatar los prisioneros de guerra; su voz no fué escuchada más que por la caridad cristiana. Los obispos venden hasta los vasos sagrados por devolver la libertad á los cautivos (1). Los *Padres de la Merced*, conquistadores pacíficos, vuelven rodeados, como triunfadores, no ya de los vencidos á quienes han encadenado, sino de los cautivos á quienes han libertado, exponiéndose á mil peligros. Los *Padres Redentoristas* se privan de las necesidades de la vida para tener más tesoros que poder prodigar á los Bárbaros.

¿Nos atreveremos, despues de haber referido los milagros de la caridad cristiana, á hacer contra los consejos evangélicos sobre la beneficencia las reservas que hemos hecho sobre la humildad? Las aberraciones á que conduce la pretendida perfeccion del Evangelio son una protesta ante la cual desaparecen todos los milagros. Se han encontrado celosos discípulos de Cristo que han tomado en serio sus preceptos: los monjes tienen por mision realizar el ideal predicado por su Divino Maestro. En vano sería negar esto; todos los Padres de la Iglesia están conformes en preconizar el monacato como la práctica de la perfeccion cristiana. Sin embargo, la humanidad reprueba hoy el monacato; y con esto reprueba tambien los consejos de perfeccion que Jesucristo da á sus discípulos. Y esta reprobacion es justa. Cuesta trabajo el comprender que el revelador de una religion tan poderosa haya dado á sus discípulos por ideal una ley que, si se practicase, aniquilaria toda actividad humana, y conduciria, por consiguiente, á la humanidad á la muerte. Todos los cristianos deben aspirar á la perfeccion; todos deben, pues, observar los preceptos del Evangelio. Si todos vendiesen sus bienes para distribuirlos entre los pobres, ¿qué sería del mundo?

(1) EXUPERO, Obispo de Tolosa, se redujo á tal pobreza por rescatar á los cautivos, que llevaba, dice JERÓNIMO, el cuerpo de Nuestro Señor en una cesta y la sangre en un cáliz de cristal (HIERONYM., *epist. 95 ad Rustic.*, t. IV, parte 2.ª, p. 778).—ACACIO, Obispo de Amida, hizo vender los vasos de oro y de plata de su iglesia para alimentar siete mil prisioneros persas (SOCRAT., *Hist. Eccl.*, VII, 21).

Se convertiria en un inmenso convento. ¿Es éste el ideal de la religion? La conciencia moderna responde por nosotros. Ha rechazado este falso ideal. Ha rechazado hasta la beneficencia cristiana; no ya el sentimiento de caridad, sino el fin que se propone y los medios que emplea. El fin de la verdadera caridad es dar á los que no los tienen los instrumentos de su desarrollo intelectual, moral y físico; para conseguir este objeto excita la energía del individuo, favorece la produccion de las riquezas. ¿Preguntaremos quién está en lo cierto, si la humanidad moderna ó Jesucristo?